

investigación anfibia

La investigación-acción
en un mundo multimedia



César Rodríguez Garavito



Reino de los Países Bajos

Colección
Dejusticia

INVESTIGACIÓN ANFIBIA:
la investigación-acción en un mundo multimedia

investigación anfibia:

la investigación-acción
en un mundo multimedia

César Rodríguez Garavito



Reino de los Países Bajos

CoLección
DeJusticia

Rodríguez Garavito César

Investigación anfibia: la investigación-acción en un mundo multimedia / César Rodríguez Garavito. Bogotá: Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad, Dejusticia, 2013.

36 p; 11,5 x 18,5 cm (Colección Dejusticia)

ISBN 978-958-57978-1-9

1. Investigación-acción 2. Métodos de investigación 3. Activismo
4. Multimedia

ISBN 978-958-57978-1-9

Preparación editorial
Marta Rojas

Revisión de textos
María José Díaz Granados

Cubierta
Alejandro Ospina

Impresión
Ediciones Antropos

Primera edición
Bogotá, D.C., julio de 2013

Este trabajo se desarrolló gracias
al apoyo del Reino de los Países Bajos
y la Fundación Ford

© Dejusticia, 2013
Carrera 24 N° 34-61, Bogotá D. C.
Teléfono: 608 3605
www.dejusticia.org

Contenido

Introducción	6
1 El poder del viento: el potencial del molino de la investigación-acción	10
2 Don Quijote contra el molino: los dilemas de la investigación-acción	18
3 Investigación anfibia: la investigación-acción en un mundo multimedia	26
Referencias bibliográficas	34

Introducción

Hacer investigación-acción es llevar una doble vida. Es experimentar, en cuestión de horas, el paso del mundo introvertido de las aulas de clase, al extrovertido de los medios de comunicación y las reuniones con activistas y funcionarios públicos. El contraste se siente en la piel: el calor húmedo del trabajo de campo dista mucho del aire climatizado de las oficinas universitarias, los despachos judiciales o las fundaciones filantrópicas.

El contraste es aún más marcado cuando la investigación-acción se practica en contextos altamente violentos y desiguales, como los que he frecuentado con ocasión de un proyecto sobre los conflictos socioambientales que han estallado en América Latina en la última década, a medida que las economías de la región han girado hacia la explotación de recursos naturales para satisfacer la creciente demanda global de minerales, petróleo y energía. En otro lugar he llamado “campos minados” a estos sitios y a las esferas de interacción social que se producen en ellos (Rodríguez Garavito 2012). Son campos minados tanto en sentido sociológico como en sentido económico. En términos sociológicos se trata de verdaderos *campos* sociales (Bourdieu 1977), propios de las economías extractivas de enclave, caracterizados por relaciones de poder profundamente desiguales entre empresas mineras y comunidades

locales, y por la escasa presencia del Estado. Son campos *minados* por ser altamente riesgosos: en ellos dominan las sociabilidades violentas y desconfiadas, donde cualquier paso en falso puede resultar letal.

Los designo como campos minados también porque lo son en sentido económico: en muchas ocasiones giran alrededor de la explotación de una mina de oro, platino, coltán u otro mineral valioso. En otros casos, como en varios proyectos de explotación de recursos naturales que he estudiado en Colombia, lo son también en el sentido más literal del término: los territorios en disputa están plagados de minas antipersonal, sembradas por guerrillas de izquierda y paramilitares de derecha como estrategia de guerra y de control territorial.

En este breve libro reflexiono sobre la naturaleza y los desafíos de la investigación-acción a partir de mi experiencia de practicarla en esos campos minados. Específicamente, me baso en los datos y las vivencias de tres estudios de caso sobre conflictos socioambientales en territorios indígenas que han alcanzado gran visibilidad nacional e internacional: la disputa por la construcción de la represa de Belo Monte en la Amazonia brasilera, el conflicto sobre la explotación de petróleo en territorio del pueblo sarayaku en la Amazonia ecuatoriana y la lucha alrededor de la construcción de la represa de Urrá en el norte de Colombia.

El texto está dividido en tres secciones. En la primera caracterizo la práctica de la investigación académica con vocación de impacto público en estos contextos y subrayo las que considero sus cuatro fortalezas científicas y prácticas principales. En la segunda paso a discutir los dilemas de la investigación-acción resaltando los

cuatro retos que son la otra cara de las ventajas comentadas en la primera parte. Cierro el libro con una propuesta de solución a algunos de estos dilemas mediante estrategias que componen una aproximación que llamo “investigación anfibia”, que sea capaz de respirar en los dos mundos de la academia y la esfera pública, de sintetizar en una sola las dos vidas del investigador sin que este se ahogue en el intento. Al defender la idea de la investigación anfibia resalto la necesidad de multiplicar los tipos de textos y los formatos de difusión del trabajo investigativo para aprovechar las oportunidades de un mundo que es cada vez más multimediático, como lo es por definición la investigación-acción.

El poder del viento: el potencial del molino de la investigación-acción

Una de las mejores caracterizaciones de la práctica de la investigación-acción es el hermoso artículo de Michael Burawoy (2010) sobre Edward Webster, el conocido sociólogo laboral surafricano que fundó el Society, Work and Occupations Institute (swopi) de la University of the Witwatersrand, en Johannesburgo. Burawoy describe el trabajo diario de Webster con la metáfora del molino. Como este, el investigador-actor está en constante movimiento, propulsado por las varias aspas que componen su actividad profesional: la investigación y la docencia académicas, la participación en la esfera pública (los medios, los movimientos sociales, etc.), la incidencia en políticas públicas y la construcción de instituciones que encarnen y promuevan la investigación-acción (por ejemplo, centros de investigación y ONG). Gracias a la rotación y la interacción de las cuatro aspas, la imaginación sociológica se convierte en imaginación política, de la misma forma como los giros incesantes de un molino tornan el aire en energía.

A miles de millas de distancia, en el corazón de la Amazonia, el molino surafricano resonaba durante mi trabajo empírico en los campos minados. Yo había llegado hasta allí propulsado por la fuerza de las diversas aspas que me llevaron de la investigación académica y el debate público sobre los derechos indígenas en

Colombia al trabajo de abogacía de derechos humanos en Washington, y de allí a nuevas rondas de investigación y activismo en Brasil y Ecuador, todo ello como parte del trabajo de consolidación de dos instituciones en cuya fundación participé: el Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad (Dejusticia) y el Programa de Justicia Global y Derechos Humanos de la Universidad de los Andes. Comencé el proyecto con un estudio sobre la represa de Urrá, ubicada en el norte de Colombia, en el mismo lugar donde tuvo su sede principal el sangriento movimiento paramilitar que, en oscuras alianzas con las fuerzas armadas y la clase política, se ha disputado el control del territorio y el negocio del narcotráfico con las igualmente violentas guerrillas de izquierda, especialmente las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). En el medio del fuego cruzado quedó el pueblo embera-katío, que ha perdido al menos 21 líderes asesinados por uno y otro bando y, tras veinte años de desplazamiento forzado y pérdidas humanas y ambientales por los efectos catastróficos de la represa, hoy corre el riesgo de extinción física y cultural.

Dejándome llevar por la secuencia impredecible de la investigación-acción llegué al segundo lugar del proyecto: la represa de Belo Monte, en la Amazonia brasileña. El estudio sobre Urrá me llevó a involucrarme en la defensa jurídica de pueblos indígenas que, como los embera-katío, no habían sido consultados antes de la construcción de proyectos de desarrollo en sus territorios, a pesar de que prácticamente todos los países latinoamericanos han ratificado el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que establece la obligación de hacer consultas previas. Al parti-

cipar como abogado en una audiencia sobre este tema ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 2010, me enteré de que acababa de llegar a la Comisión una queja sobre un caso similar presentada por pueblos indígenas y organizaciones ambientalistas que acusaban al gobierno brasileño de no haber consultado a los indígenas amazónicos antes de autorizar la construcción de Belo Monte, que sería la tercera represa más grande del mundo. El caso se convirtió de inmediato en noticia internacional, dado que el gobierno brasileño había declarado de interés nacional la represa como parte de sus planes de convertirse en potencia económica, y que famosas figuras de la farándula internacional habían viajado a la región para expresar su solidaridad con los indígenas. Cuando el gobierno brasileño se negó a obedecer la orden de la Comisión Interamericana de suspender la construcción de la represa mientras examinaba la queja, varias organizaciones y académicos de derechos humanos viajamos a la zona de la hidroeléctrica para documentar la situación y expresar nuestra condena por la decisión del gobierno.

Habiéndome involucrado en el caso de Urrá como investigador académico y en Belo Monte como abogado, mi intuición de sociólogo comparatista me llevó a buscar un tercer caso de movilización jurídica y política que, a diferencia de aquellos, hubiera terminado en una decisión judicial favorable a los pueblos indígenas. La oportunidad de completar la muestra para el estudio se dio a mediados de 2012, cuando la Corte Interamericana de Derechos Humanos celebró una audiencia en el territorio del pueblo sarayaku en la Amazonia ecuatoriana, que auguraba un fallo a favor de los indígenas. Cuando viajé a Quito y al territorio sarayaku para

hacer trabajo de campo, los abogados y la comunidad estaban expectantes sobre el fallo de la Corte, que fue publicado un día después del final de mi visita. En una decisión histórica, la Corte condenó al Estado ecuatoriano a indemnizar al pueblo indígena por haber autorizado la exploración de petróleo **sin consultarle previamente**, y le ordenó hacer la consulta (CIDH 2012).

Con este estudio de caso mi recorrido había descrito el círculo completo del molino: de la investigación a la intervención en las cortes y los medios, pasando por la participación en debates sobre los derechos indígenas en los tres países y terminando de nuevo en la investigación académica. Como suele suceder, al cabo del proyecto no sabía cuál era mi identidad ni mi rol preciso en las historias del proyecto. Eran todos ellos a la vez, y ninguno en particular.

En otros lugares doy cuenta detallada de los resultados del estudio (Rodríguez 2012, 2014). Para los efectos de este texto me limito a señalar las cuatro ventajas de la investigación-acción que creo ilustran el tipo de proceso que he descrito. Primero, el rápido cambio de roles y de identidad permiten ver una misma realidad social desde distintos ángulos (el del científico, el activista, el juez y el funcionario público). El resultado, creo yo, es una mayor *densidad y precisión empírica* que la que es posible en otros tipos de investigación.

Segundo, el diseño, las preguntas y los resultados de la investigación son informados directamente por interacciones con los actores de la realidad estudiada y planeados con varias audiencias en mente. El resultado es una mayor *relevancia* de la investigación para múltiples audiencias, que puede traducirse en *influencia* en los resultados de las causas que se estudian.

Tercero, al dejarse llevar por el ritmo de los acontecimientos, el investigador-actor tiende a tener *acceso inmediato y continuado* a los lugares y los protagonistas de sus estudios que lo ven como un actor más y no como un intruso interesado en extraer información. La intervención mediante formatos ágiles (como columnas de opinión y otras apariciones en medios) les dan también una inmediatez a los productos de la investigación que no tiene la producción académica tradicional, que tarda varios años en ver la luz. A diferencia del investigador convencional —para quien la práctica social es un laboratorio al que entra con guantes y que disecciona con el frío bisturí analítico de la ciencia profesional, y del que se retira intocado para nunca volver—, los investigadores-actores tienden a continuar en diálogo con las personas y las colectividades para las cuales esas prácticas no son un laboratorio, sino su vida.

Cuarto, la investigación-acción tiene una fortaleza, de tipo emocional, que ha sido poco analizada en la creciente literatura sobre ella. Por ser hecha en contacto directo con los acontecimientos y con una multitud de personas —y por estar inspirada explícitamente en convicciones morales (la defensa de una causa de justicia social, la construcción de una institución que las represente)—, la investigación-acción es una fuente constante de *motivación*. La adrenalina que corre por las venas al estar entre las aspas del molino es un estímulo poderoso para continuar trabajando, que tiende a faltar en la labor solitaria del investigador profesional, de quien se espera deje sus compromisos morales para su vida fuera de la academia. Como lo dice Burawoy (2010: 5) al hablar del molino investigativo, “cuando los vientos soplan con fuerza, es imposible acercarse al

molino sin dejarse llevar por su vórtice". Es una experiencia apasionante. Lo es aún más porque siempre se trata de una vivencia colaborativa; solo el trabajo colectivo de equipos de investigadores-actores altamente motivados puede cumplir sus muchos compromisos y actividades.¹

A mi manera de ver, estas son las fortalezas del proceso de hacer investigación-acción y de los resultados que genera. Pero cada una de ellas tiene su lado oscuro, que acarrea dilemas profundos para quien la practica.

1 Por ejemplo, el proyecto sobre conflictos socioambientales y derechos indígenas que he venido comentando involucró a más de una docena de profesionales a lo largo de los años, incluyendo investigadores jóvenes excepcionales, abogados de derechos humanos, equipos de producción de video, diseñadores gráficos y expertos en Internet, sin los cuales el proyecto y sus varios productos habrían sido imposibles.

Don Quijote contra el molino: los dilemas de la investigación-acción

En un famoso pasaje del *Quijote*, el protagonista de la novela, acompañado de su fiel escudero Sancho Panza, se va lanza en ristre contra molinos de viento que toma por peligrosos gigantes. Como en la historia del célebre caballero de Cervantes, hay mucho de quijotesco en la investigación-acción. Se trata de una empresa muy ambiciosa, incluso peligrosa en contextos como los campos minados. Como en la novela, hay un alto riesgo de que algo salga mal en la historia del molino investigativo.

Los principales riesgos pueden ser vistos como el reverso de las cuatro cualidades mencionadas. En primer lugar, el cambio de roles y actividades que permite tener una versión más rica y completa de los hechos tiene como costo inevitable la *dispersión*. El investigador-actor salta de una tarea a otra, de una reunión a la siguiente, de un lugar a otro muy distinto. Recuerdo, por ejemplo, estar escribiendo mis columnas de opinión para un periódico colombiano (*El Espectador*) en medio del trabajo de campo en la selva brasilera o ecuatoriana, para luego buscar angustiosamente un café Internet en algún pueblo pequeño de la ruta de regreso para enviarla antes del plazo semanal. El riesgo es que la dispersión se vuelva permanente, y se haga imposible la concentración indispensable para convertir la riqueza

empírica en productos académicos de calidad. Dicho de otro modo: que la rapidez e inmediatez de las intervenciones públicas terminen reemplazando el trabajo más lento y paciente del científico social. El resultado puede ser entonces el diletantismo académico.

En segundo lugar, con la relevancia y la influencia viene el riesgo de *pérdida de independencia*. Al interactuar de cerca con múltiples audiencias el investigador-actor puede terminar capturado por alguna de ellas — por ejemplo, una agencia estatal o una empresa que lo contrata como consultor, o un movimiento social que le exige lealtad incondicional—. He vivido en carne propia este dilema. Una entidad estatal que me pidió un concepto sobre un proyecto de ley de consulta previa en Colombia se incomodó con la posición garantista de los derechos indígenas del informe de consultoría que entregué; rechacé ofertas de empresas mineras para trabajar como “consultor de relaciones con pueblos indígenas”, y varias veces debí explicar al movimiento indígena por qué no firmaba sus comunicados políticos a pesar de estar de acuerdo con ellos. La razón era la misma en todos los casos: la necesidad de mantener mi rol profesional de investigador. O, como lo ha dicho Boaventura de Sousa Santos (2009), la necesidad de ser objetivo a pesar de no ser neutral.

En países y lugares violentos, la relevancia tiene un alto costo adicional: el investigador-actor se juega no solo su independencia, sino su integridad física y su vida misma. Precisamente por ser relevante resulta incómodo para poderosos actores violentos, desde las fuerzas armadas estatales hasta las guerrillas de izquierda, los escuadrones paramilitares de derecha, las mafias locales o los ejércitos privados al servicio de empresas.

De hecho, la conexión entre relevancia y peligro personal es tan cercana que creo que es característica de la investigación-acción en países con una herencia de violencia política reciente (como Colombia, Suráfrica y muchos otros países del sur global) o en lugares volátiles como los campos minados. Para ponerlo en términos más claros: quienes practicamos la investigación-acción en estos contextos lo podemos hacer solo porque otros investigadores-actores que nos precedieron entregaron su vida, su tranquilidad o su integridad personal a la causa.

Esta fue la revelación conmovedora de una conversación que tuve en Johannesburgo con la nueva generación de investigadores de *swop*, el centro fundado por Eddie Webster, nuestro “molino sociológico”, quien se encontraba presente. Fueron los más jóvenes los que recordaron que varios colegas de Webster fueron asesinados por fuerzas estatales por su trabajo académico y político contra el *apartheid*. Y que sin ese compromiso extremo y la persistencia de Webster y sus colegas sobrevivientes, *swop* habría desaparecido a manos de ese régimen.

Lo mismo se puede decir de la investigación-acción —y, de hecho, de las ciencias sociales en general— en América Latina. En efecto, algunos de los centros pioneros de la sociología latinoamericana (como CEBRAP en Brasil, cofundado por Fernando Henrique Cardoso) fueron refugios para los académicos perseguidos por sus estudios y militancia crítica de las dictaduras de los años sesenta y setenta. Por eso, desde un inicio, el movimiento de derechos humanos y la investigación-acción estuvieron íntimamente vinculados, y algunas fundaciones (como la Ford) que solían apoyar solo programas académicos en la región, inauguraron progra-

mas de financiación a las entonces nacientes ONG de derechos humanos cuando advirtieron que los académicos que venían patrocinando estaban siendo asesinados, amenazados o exiliados (Keck y Sikkink 1998).

En los países más violentos, como Colombia, muchos investigadores han pagado con su vida, su libertad o el exilio por haber levantado la voz contra el Estado o los grupos armados de diferente tipo. De hecho, el fundador de una de las vertientes más influyente de investigación-acción —el sociólogo Orlando Fals Borda, pionero de la investigación-acción participativa—, fue detenido arbitrariamente en 1979 por el gobierno de Julio César Turbay, con base en cargos infundados de pertenecer al grupo guerrillero M-19. Además, el que fuera en los años noventa el centro académico más influyente en el estudio de la violencia (el IEPRI de la Universidad Nacional) fue perseguido de forma tan cruenta y sistemática que buena parte de sus investigadores terminaron en el exilio. Unos fueron blanco de las FARC (como Eduardo Pizarro), en tanto que otros lo fueron de los grupos paramilitares (como Álvaro Camacho e Iván Orozco), y terminaron recibiendo becas de investigación para escapar de la violencia por unos años en la Universidad de Notre Dame y otros lugares. Con el humor cáustico con el que los colombianos se las han ingeniado para sobrellevar la barbarie, algunos llamaron a estos patrocinos “Becas Carlos Castaño”, en alusión al nombre del brutal comandante de los ejércitos paramilitares que obligaron a exiliarse a muchos intelectuales públicos a finales de los años noventa. Otros no alcanzaron a huir a tiempo: en 2004, Rafael Correa de Andreis, un destacado sociólogo de la costa caribe, fue asesinado en un complot que involucró a

paramilitares y al organismo de inteligencia del Estado. Aunque quienes hacemos investigación-acción en la Colombia de hoy enfrentamos riesgos personales que hay que anticipar y manejar con prudencia —por ejemplo, coordinando cuidadosamente el trabajo de campo con comunidades locales—, por fortuna no corremos el prohibitivo nivel de riesgo de nuestros antecesores. A ellos les debemos el espacio creado en las universidades, la sociedad civil, el Estado y los medios de comunicación para el tipo de trabajo que hacemos.

En tercer lugar, el costo del acceso inmediato a los actores y los hechos es la *dificultad para tomar la distancia analítica* esencial para el trabajo académico. Precisamente por no ser un intruso en un “laboratorio” social del que quiera extraer información, el investigador-actor termina inserto en la maraña de los acontecimientos sin que pueda retirarse de ellos para pensar y escribir. El problema del molino es que nunca deja de girar. Y el vértigo del perpetuo movimiento puede impedir la tranquilidad y la distancia para teorizar y desentrañar los patrones que conectan los hechos.

Finalmente, la otra cara de la adrenalina emocional es el *agotamiento*. Motivados por sus convicciones morales y su compromiso personal con sus audiencias y sus instituciones, los practicantes de la investigación-acción terminan en el vórtice del que habla Burawoy. Antes de conocer la historia del molino sociológico había descrito con la misma palabra —vórtice— mi sensación de hacer investigación-acción, de interactuar con tanta gente distinta en tantos lugares diversos a una velocidad tan vertiginosa. La experiencia es tan estimulante como agotadora. Pasar de los campos minados a las aulas de clase y luego a las salas de audiencias

de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en Washington es fascinante. Pero implica un ritmo de trabajo que puede ser desaconsejable, incluso insostenible.

Investigación anfibia: la investigación-acción en un mundo multimedia

¿Cómo sortear semejantes dificultades? No creo que haya salidas sencillas. Al fin y al cabo, se trata de dilemas existenciales, de esos que van aparejados con el oficio mismo. Quien disfruta las ventajas de la investigación-acción, acepta también sus costos.

Pero no quiero cerrar el texto en este tono trágico, en parte porque un rasgo característico de la investigación-acción es su optimismo. O mejor, para parafrasear a Gramsci (2003), su combinación de compromisos científicos y morales significa que mezcla el optimismo de la voluntad con el pesimismo de la razón. De modo que la forma apta de concluir esta reflexión es señalando, al menos brevemente, estrategias que podrían mitigar los dilemas y potenciar las fortalezas de la investigación-acción.

Mi argumento es el siguiente: para sortear los vientos del molino es preciso volverse anfibio. De la misma forma como los animales o los vehículos anfibios hacen tránsito del aire al agua o a la tierra, el investigador-actor debe poder transitar entre varios medios sin sucumbir en el intento. En los contextos violentos —además de sortear el aire, el agua y la tierra—, el investigador-actor debe poder enfrentar el fuego.

Este tipo de práctica es la que llamo investigación anfibia. Etimológicamente, “anfibio” significa “el que

vive una doble vida”. Como vimos, esa es justamente la situación definitoria del investigador-actor.

Dos estrategias me parecen especialmente promisorias para desplegar la investigación anfibia, una relacionada con los textos que esta produce, y otra con formatos de difusión adicionales. Creo que una de las principales razones por las cuales los investigadores-actores nos dispersamos y agotamos es que los formatos válidos para el mundo académico (los artículos en revistas indexadas y los libros en editoriales universitarias) tienen un lenguaje y unos códigos de comunicación muy distintos a los que esperan nuestras otras audiencias (como los lectores de prensa, los líderes de base, las comunidades marginadas, los televidentes o el público anónimo de las redes sociales). La distancia entre uno y otro formato es tan grande que, para ser relevante en diferentes mundos, hay que llevar dos (o más) vidas paralelas.

Ante esto, una solución es cultivar géneros intermedios de escritura y diversificar los formatos en los que se vierten los resultados de la investigación-acción. Lo primero implica producir textos que, sin perder el rigor académico, sean legibles para una audiencia más amplia. Lo segundo significa que la investigación-acción sea *multimedia*. Así como un animal anfibio pasa de un medio natural a otro, el investigador anfibio traduce los productos de su trabajo a diferentes medios de difusión, desde los libros y los artículos hasta los videos, los *podcasts*, los *blogs* y las clases virtuales. En los dos casos el objetivo es sintetizar los esfuerzos en productos que puedan circular tanto en audiencias académicas como en la esfera pública.

Si el investigador-actor decide experimentar con estas estrategias encontrará un espectro de oportunidades fascinantes. Por ejemplo, si quisiera intentar un estilo de escritura híbrido entre el académico y el periodístico, puede apoyarse en la literatura creciente de periodistas que escriben con la fluidez de su oficio pero hacen un intento por incorporar las teorías y los hallazgos empíricos de las ciencias sociales. Con esa aproximación han tratado temas tan diversos como las dictaduras en África (Kapuściński 2000), la cultura del narcotráfico en América Latina (Alarcón, 2012), la violencia étnica en India (Mehta, 2005), o la precarización del trabajo en Estados Unidos (Ehrenreich, 2008).

A la misma zona intermedia están apuntando académicos que toman prestadas herramientas narrativas del periodismo y la literatura. El resultado son etnografías, crónicas y ensayos escritos para audiencias amplias sobre temas como los conflictos ambientales en Argentina (Auyero y Swistun 2008) o el desplazamiento forzado en Colombia (Molano 2005). Sin embargo, la literatura híbrida producida desde la orilla académica sigue siendo relativamente escasa y tímida, en comparación con la producida fuera de las universidades. En ese sentido, el desafío que lanzara Fals Borda (1995) sigue pendiente: “en lugar de imponer tu pesado estilo científico para comunicar los resultados, difunde y comparte lo que has aprendido junto con la gente, de manera que sea totalmente comprensible e incluso literario y agradable, porque la ciencia no debería ser un misterio ni un monopolio de expertos e intelectuales”.

Creo que este acercamiento es fundamental para la investigación-acción, tanto porque puede mitigar en algo la dispersión y el agotamiento del investigador,

como porque hay una profunda afinidad entre este y el periodista investigativo que produce análisis sociales a profundidad. Uno y otro utilizan una combinación de trabajo empírico minucioso, reflexión creativa, y empatía con los sujetos con quienes dialoga. Me viene a la mente el periodismo de inmersión teorizado por el legendario cronista Ryszard Kapuściński en un libro cuyo título, *Los cínicos no sirven para este oficio*, delata la mencionada afinidad. Como la investigación-acción, las crónicas de Kapuściński sobre África han sido descritas como un esfuerzo por retratar y pensar la sociedad “desde dentro y desde abajo” (Kapuściński 2002: 31), a partir de toda una vida de dialogar y convivir con los sujetos de sus escritos. A la pregunta sobre la relación entre teoría y vivencia en el trabajo intelectual el cronista polaco sostuvo que “en la comunidad de escritores, se puede hacer una división muy simple entre los que encuentran su inspiración en sí mismos y los que deben ser inspirados por motivos externos. Existen caracteres reflexivos y caracteres que reflejan el mundo” (2002: 120). Hablando de su propia obra dice algo que podrían suscribir muchos investigadores-actores: “en mi caso [...], yo reflejo el mundo: tengo que ir al lugar de los hechos para poder escribir. Quedándome en un único sitio, me muero” (2002: 120). Como los anfibios, agregaría yo.

En esta dirección he intentado avanzar en mi trabajo sobre los campos minados. Después de producir un artículo académico que formulaba el marco teórico del proyecto y lo ilustraba con el estudio de caso de la represa de Urrá en Colombia (Rodríguez 2012), concluí que la riqueza empírica de esta historia no podía contarse con las ataduras de la escritura académica conven-

cional. Los veinte años del caso condensan los procesos medulares de la violencia y la disputa por la tierra y los recursos naturales en la Colombia contemporánea: el ascenso del paramilitarismo y su penetración en la política, el involucramiento de las FARC en el narcotráfico y en la lucha por controlar los lugares de cultivo y transporte, el desplazamiento forzado y la usurpación de la tierra, la complicidad de amplios sectores del empresariado rural con el despojo y la violencia, la carrera por los recursos naturales en un país que gira hacia una economía minero-energética, y el impacto trágico de todo lo anterior sobre los pueblos indígenas, cuyos territorios, cultura y vida misma están en peligro por encontrarse en medio del fuego cruzado. Por ello, decidimos escribir un libro en coautoría que tejiera los hilos de la historia que no había sido contada de forma sistemática (Rodríguez y Orduz 2012). De modo que, aunque hicimos la investigación con las herramientas de la sociología, la escribimos con el lenguaje del periodismo literario con la esperanza de llegar a un público más amplio, incluyendo los pueblos indígenas que hoy sufren casos similares en Colombia y otros países. La experiencia fue tan desafiante como gratificante, y me llevó a escribir crónicas periodísticas para la prensa colombiana sobre los otros dos casos del estudio, antes terminar el libro más académico que compara y teoriza sobre los tres.

Pero todo esto se refiere al formato escrito, que es apenas uno de los canales de expresión posibles de la investigación anfibia. Creo que una estrategia igualmente útil para enfrentar algunos de los dilemas de la investigación-acción es aprovechar sus fortalezas a fin de generar productos en formatos diversos. El predo-

minio de los textos en la vida académica hace que el investigador-actor excluya de sus publicaciones buena parte de su trabajo. Entre lo que se queda por fuera están muchas de las vivencias y la información más interesante para distintas audiencias, que resultan de la participación en reuniones, eventos, trabajo de campo o diligencias judiciales, pero que quedan confinadas en libros académicos o artículos periodísticos a los que muchas de esas audiencias no tienen acceso, desde las comunidades de base y los movimientos sociales hasta profesores y estudiantes de colegios y universidades en lugares marginados.

Las oportunidades para llenar este vacío son múltiples. Por ejemplo, el hecho de que los usuarios de Internet dediquen a ver videos más del 80% del tiempo que pasan frente a sus computadores crea una oportunidad valiosa para la investigación anfibia. Dado que los investigadores-actores tienen acceso a situaciones y personas que resultan interesantes para audiencias amplias, basta con que incorporen en su caja de herramientas una cámara de video junto con la vieja grabadora y el cuaderno de notas. De esta forma pueden generar imágenes valiosas que pueden ser usadas en clases o en talleres de capacitación de comunidades marginadas, o como evidencia en procesos judiciales, o como acompañantes de los textos que resulten de la investigación. Lo mismo podrían hacer con fotos, *podcasts* y documentos que recojan en las múltiples actividades de su trabajo, y que pueden ser difundidos fácilmente mediante *blogs*, sitios web y redes sociales.

He experimentado con estos formatos en el proyecto sobre campos minados, con la ayuda de otros investigadores y de un equipo profesional de filmación que

nos ha acompañado a los sitios de trabajo de campo. Las entrevistas y las tomas hechas en esos momentos se han convertido en documentales que difundimos gratuitamente por Internet, junto con los textos académicos y periodísticos del proyecto². También hemos escrito documentos de política y cartillas pedagógicas sobre el derecho a la consulta previa. De esta forma esperamos que diferentes audiencias encuentren útiles distintos formatos. Mientras que los profesores y estudiantes de escuelas indígenas tienden a usar los videos y las cartillas, y los estudiantes universitarios también prefieren los videos, los funcionarios públicos optan por los documentos de política, los académicos prefieren los textos analíticos y el público de élite las crónicas de los periódicos.

Por supuesto, todo esto suena más fácil de lo que es en realidad. Falta mucho para que los géneros híbridos de escritura y los formatos multimedia sean reconocidos formalmente como producción de conocimiento válido en las comunidades académicas. Pasar de un medio a otro crea nuevos riesgos de dispersión, agotamiento, dependencia y diletantismo. En mi caso, estoy apenas en una etapa de experimentación, con soluciones incompletas y temporales. Pero ahí está justamente el reto de la investigación anfibia.

2 Ver, por ejemplo, el video documental sobre el caso sarayaku en <http://canaljusticia.org/index.php?modo=tipo&tipo=2>

Referencias bibliográficas

- Alarcón, Cristian. 2012. *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*. Buenos Aires: Aguilar.
- Auyero, Javier y Débora Swistun. 2008. *Inflamable: estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, Pierre. 1977. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Burawoy, Michael. 2010. "Southern Windmill: The Life and Work of Edward Webster". *Transformation* 72/73 (1): 1-25.
- Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). 2012. *Pueblo indígena kichwa de Sarayaku vs. Ecuador. Sentencia de 27 de junio de 2012 (fondo y reparaciones)*. Disponible en: http://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_245_esp.pdf
- Ehrenreich, Barbara. 2008. *Nickel and Dimed: On (Not) Getting By in America*. New York: Holt Paperbacks.
- Fals Borda, Orlando. 1995. "Investigación para la justicia social: algunas convergencias Norte-Sur". Conferencia central del encuentro de la Asociación Sociológica del Sur de Estados Unidos. Atlanta, 5 de abril. Disponible en: <http://comm-org.wisc.edu/si/falsborda.htm>
- Gramsci, Antonio. 2003. *Cartas de la cárcel*. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- Kapuściński, Ryszard. 2000. *Ébano*. Barcelona: Anagrama.

-----, 2002. *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*. Madrid: Anagrama.

Keck, Margaret and Kathryn Sikkink. 1998. *Activists Beyond Borders*. Ithaca: Cornell University Press.

Mehta, Suketu. 2005. *Maximum City: Bombay Lost and Found*. New York: Vintage.

Molano, Alfredo. 2005. *Desterrados*. Madrid: Punto de Lectura.

Rodríguez Garavito, César. 2014. *Campos minados*. Bogotá: Dejusticia. En preparación.

_____. 2012. *Etnicidad.gov: los recursos naturales, los pueblos indígenas y el derecho a la consulta previa en los campos sociales minados*. Bogotá: Dejusticia.

Rodríguez Garavito, César y Natalia Orduz Salinas. 2012. *Adiós río: la disputa por la tierra, el agua y los derechos indígenas en torno a la represa de Urrá*. Bogotá: Dejusticia.

Santos, Boaventura de Sousa. 2009. *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Fondo de Cultura Económica.